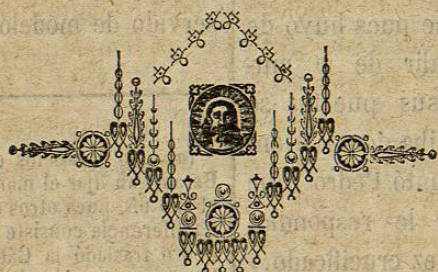


despues y en los que se representa á San Pedro de pequeña estatura, cabeza calva y nariz aguileña. Habia sufrido antes el martirio su muger, porque entonces hubo una persecucion declarada que arrebató á otros muchos fieles; y él mismo la exhortó á padecerle con aquella fortaleza digna de un amor en que no tenia parte la carne ni la sangre, regocijándose del fin de su destierro, y de verla retornar á la verdadera patria, como él mismo decia. Su hija Petronila vivió virgen y murió santamente en Roma.

Estas fueron las primicias de la persecucion de Neron (a), la mas fatal de suyo por

(a) En esta persecucion fué tambien indudablemente comprendida nuestra España. Asi lo prueba la siguiente inscripcion que dedicaron á Neron sus ministros en España como elogiándole de que habia limpiado la provincia de ladrones y cristianos, pues á esta Religion santa daban el nombre de supersticion. Hé aquí segun Morales (*Hist. lib. X.*) esa inscripcion:

NERONI CLAUDIO
CAESARI AUG.
PONT. MAX. OB
PROVINCIA M LATRONIBUS
ET HIS QUI NOVAM
GENERI HUMANO
SUPERSTITIONEM
INCULCABANT
PURGATAM.



haber servido de ejemplo á los perseguidores de los siglos siguientes; pero de la mayor importancia para la Iglesia romana, donde con la muerte del Príncipe de los Apóstoles, quedó fijada para siempre la primacia del apostolado.

y en castellano: "A Neron Claudio César Augusto, Pontífice máximo, por haber limpiado la España de ladrones y de los que difundian entre el linage humano la nueva supersticion."—El cardenal Baronio cita tambien esta inscripcion en sus anales (año 69), y añade: "De aquí podrás inferir cuán floreciente estaba ya por entonces la Iglesia en España, puesto que los gentiles miraron como un gran beneficio el que Neron la hubiese limpiado de cristianos; tanto que por eso le erigieron este monumento como perenne testimonio de tan grandiosa hazaña. Y aunque no pusieron el nombre de cristianos, porque aborrecian hasta el nombrarlos; con todo, aludian á estos en la espresion de introductores de una nueva supersticion, pues entonces no hubo otra nueva religion mas que la nuestra; y ademas Neron, que era muy supersticioso, no persiguió otra secta que la cristiana etc."—El erudito Paggi reconoce con Baronio, que la persecucion de Neron se estendió hasta la Península; y entre otras pruebas de ello alega la arriba inserta inscripcion. Ademas, nuestros antiguos martirologios hacen memoria de algunos santos que en esta época derramaron su sangre por la fé, y entre ellos San Atanasio y San Teodoro que se quedaron custodiando el sepulcro de su Maestro y Apóstol nuestro Santiago, y en el día yacen, segun constante tradicion, en la capilla de mármol consagrada al Apóstol, en sepulcros elevados de la tierra, pero inferiores al suyo, uno á la derecha y otro á la izquierda. (N. del E.)

LIBRO SEGUNDO.

Desde la muerte de los Santos Apóstoles, en el año 66 de Jesucristo, hasta la destruccion de la nacion judáica en el de 137.

TOCABAN ya á su término las profecías del Salvador relativas á las calamidades y réprobacion de la nacion judáica. Los hombres que habian oido su publicacion, y que debian ser testigos de su cumplimiento, contaban ya mas de treinta años desde esta amenaza terrible; pero lejos de evitarla con la penitencia, endurecidos los habitantes de Jerusalem, y sobre todo la parte mas distinguida de la república, los gefes del pueblo y los principes de los sacerdotes, habian llenado la medida de sus crímenes con una impiedad consumada: funesta y ordinaria consecuencia de los grandes atentados. El espíritu de vértigo, el oscurecimiento de la razon, y los principios errados de conducta y aun de política, fueron los efectos que produjo el desprecio de la Religion y de las loables costumbres. Conmovidos asi los fundamentos del Estado, hallábase este en un punto tan crítico, que la primera revolucion que sobreviniese debia naturalmente ser su ruina.

Pero antes que cayese sobre ellos el úl-

timo golpe, quiso el Señor que sintiesen las primicias de su venganza en la dureza con que los trataron los gobernadores romanos, á cual mas avaros, crueles y tiránicos. Arruináronlos como á porfia con sus rapiñas y malos tratamientos (1) Cuspidio Fado, Tiberio Alejandro, sobrino del célebre judío Filon, y Ventidio Cumanio, posteriores á Poncio Pilato.

El emperador Calígula los habia reducido casi al último extremo de desesperacion con su ciego frenesí por colocar su estatua en el templo para que la adorasen. Entonces los pueblos de Alejandria, autorizados por las disposiciones de la córté y de su gobernador Flaco, trataron asi en la ciudad como en todo el Egipto del modo mas atroz á los judíos, cuyo número llegaba á un millon de personas. A mas del odio general contra la nacion, aborrecia personalmente el gobernador á Herodes Agripa, que condecorado de nuevo con el título de rey,

(1) *Josefo de bello jud.*; Filon y Euseb. *passim.*

pasaba por Alejandría á su vuelta de Roma á Jerusalem. Arruinaron y quemaron algunas Sinagogas, y en las que quedaban erigieron la estatua del emperador para tributarle honores divinos. Un edicto del gobernador Flaco declaraba á todo israelita, no solo escluido del derecho de ciudadano, sino tambien reducido al estado de cautivo de guerra. Desalojáronlos de la mayor parte de sus habitaciones, saquearon sus casas y tiendas, y repartieron la presa como si fuese botin de enemigos del Estado; emplearon el fuego y el acero con una infinidad de estos miserables, y despues arrastraron sus cadáveres por todas las calles; azotaron á los senadores judíos, é hicieron sufrir vergonzosos y crueles tormentos á las mugeres mas principales para obligarlas, contra su ley, á comer carne de puerco.

En el pais de los Partos, en Mesopotamia y en Babilonia sufrieron aun peores tratamientos los hijos de Jacob, y su sangre fué derramada con ignominia y furor. Refugiáronse á Seleucia, ciudad la mas considerable de aquellas regiones, poblada de griegos y sirios, habitualmente divididos entre sí; los judíos se adhirieron á los sirios que simpatizaban mas con ellos, pero los griegos procuraron y consiguieron desunir á estos nuevos aliados, y aliándose despues con los sirios cayeron de repente sobre los judíos y pasaron á cuchillo mas de cincuenta mil. En Jerusalem, donde el concurso de los pueblos á la celebracion de la Pascua fué asombroso, siendo gobernador Ventidio Cumanio, pusieron como acostumbraban tropas armadas en las galerías del templo para precaver cualquier tumulto y desórden, y habiendo cometido un soldado cierta irreverencia, encolerizóse la plebe y principió á gritar que aquella injuria no se hacia á los judíos, sino á su Dios, y al punto empezó á llover una nube de piedras sobre las cohortes. Habiendo acudido el gobernador

con el objeto de apaciguar la sedicion, le llenaron de improperios; y como no era menester tanto para irritar á un hombre tan mal predispuesto, hizo al momento tomar las armas á todas sus tropas, y las reunió en la torre llamada Antonia, que era una especie de ciudadela que dominaba al templo. El populacho atemorizado entonces intentó ponerse en fuga, pero se atropellaban tanto unos á otros, que en los tránsitos que eran estrechos se ahogaron hasta veinte mil de ellos.

Varios impostores que se fingian inspirados, les sedujeron despues poniéndose á su frente, prometiéndoles no solo la independencia, sino tambien el imperio de las naciones: pero todos fueron derrotados, y juntamente pereció una multitud innumerable de aquel desventurado pueblo, tan fácil en seguir á los que le engañaban como sordo á la voz de Dios.

Siendo gobernador Felix, aquel que trató á San Pablo con tanta humanidad y le hizo transportar á Roma, se levantaron en Judea unas tropas de asesinos, llamados sicarios por el puñal con que siempre iban armados. Hé aqui como principió este desórden. Habiéndose hecho odioso á Felix el pontífice Jonatás, le hizo matar aquel gobernador por algunos vagabundos que en gran número infestaban ya el pais. La impunidad de semejante atentado aumentó en extremo la audácia de estos hombres facinerosos. Cada día cometian de nuevo asesinatos, especialmente en las fiestas; pues armados de un puñal que llevaban oculto, se mezclaban en todas partes entre la multitud, y cuando menos se pensaba ejecutaban su venganza personal, y con mas frecuencia la de los malvados que los asalariaban. No tardaron mucho en hacerse poderosos y en sublevar al pueblo contra el imperio, robando y maltratando á los que permanecian fieles á los romanos.

Los perturbadores fueron tambien en aumento por la imprudencia del segundo sucesor de Felix. Albino, que este era su nombre, intentó recobrar el afecto de los judíos con algunas muestras de indulgencia; pero el rigor no menos que la clemencia, todo contribuia á la ruina de este pueblo reprobado. Habiéndose informado el gobernador de todos los presos que habia en Jerusalem, hizo quitar la vida á aquellos cuyos delitos enormes no podian quedar impunes, y dió libertad á todos los demas, que eran muchísimos, los cuales fueron á reunirse con los sicarios, por manera que ya era imposible contener á estos.

El gobernador Gesio Floro que sucedió á Albino, y cuya muger era favorita de la emperatriz Pópea, pasó de un extremo á otro y trató á los judíos con la mayor crueldad. Ejecutáronse en la provincia robos y vejaciones con toda la dureza é insolencia de que es capaz un malvado puesto en altura y apoyado de la córte. Los ladrones, que robaban los campos, partian con él las presas con el mayor descaro y desvergüenza. Los naturales, al ver tanta desolacion, empezaron á emigrar de la Palestina para ir á establecerse en tierras estrañas. Cestio Gallo, gobernador de Siria, á quien estaba sujeta la Judea, llegó un dia á Jerusalem, y salióle al encuentro una multitud increíble de aquellos infelices, hasta el número excesivo de tres millones, segun se dice, suplicándole los libertase de Floro; pero sus ruegos fueron inútiles, y la tiranía se fortaleció con el auxilio de la política. Tantos horrores solo eran un ligero anuncio de los que despues vendrian; porque era necesario que sobre los judíos cayese con toda su fuerza la maldicion que ellos mismos se habian echado cuando pidieron la condenacion del Hijo de Dios y que su sangre inocente viniese sobre ellos y sobre sus hijos.

El año 67 de Jesucristo, en el dia 8 de abril, en que cayó la fiesta de los Acimos, una luz resplandeciente iluminó el templo en medio de la noche, de modo que semejaba al resplandor del medio dia. La puerta oriental, que era de bronce y tan pesada que se necesitaban veinte hombres para moverla, se abrió por sí misma sin embargo de estar cerrada con enormes cerrojos y afianzada con barras de hierro que se introducian en la pared. Apareciéronse sobre la ciudad unos fuegos poco tiempo despues de la fiesta, en el dia 21 de mayo por la tarde (1), á cuyo fenómeno no se podia señalar causa alguna natural. En la solemnidad de Pentecostés, despues de haber resonado en el templo un espantoso ruido no habiendo dentro nadie, se oyó una voz muy clara que decia: *salgamos de aquí, salgamos de aquí.*

Sin embargo, mucho mas que estos prodigios aterraron las amenazas que contra Jerusalem y contra el templo estuvo profiriendo sin cesar, durante los cuatro últimos años que precedieron á su ruina, un hombre llamado Anano (2). Habiendo ido este hombre del campo á la capital con motivo de la fiesta de los Tabernáculos, que se hacia con el mas profundo sosiego y sin el menor síntoma de revolucion, principió de repente á gritar: *¡Ay del templo! ¡Ay del templo! Voz del oriente, voz del occidente, voz de los cuatro vientos. ¡Ay del templo! ¡Ay de Jerusalem!* Y no paraba dia y noche de correr por la ciudad repitiendo los mismos gritos. Hiciéronle castigar rigurosamente los magistrados para que guardase silencio, y todo lo sufrió sin quejarse ni decir una palabra en su defensa; mas siguió gritando lo mismo sin interrupcion. A vista de esto le llevaron á presencia del goberna-

(1) Jos. de bello jud. lib. 7. cap. 12.

(2) Jos. de bello judaico, lib. 7, cap. 12.

dor romano quien le mando azotar con varas, y con tan sangrienta crueldad que se le descubrian los huesos. No derramó una sola lágrima, ni pidió misericordia á pesar de tantos tormentos; y á cada golpe que le daban repetía con voz mas triste: *¡Ay de Jerusalem!* Cuando se le preguntaba de dónde habia venido y qué intentaba con aquellos clamores, no respondía una palabra y proseguía gritando del mismo modo y con la misma fuerza.

Dejáronle al fin como á loco sin que él cambiase jamás de lenguaje; no hablaba con nadie, y ni se quejaba de los que le maltrataban, ni daba gracias á los que le daban de comer. Observóse que su voz no se aminoró, aunque la ejercitaba con tanta violencia: antes por el contrario, despues de mas de tres años, cuando ya estaba la ciudad sitiada, arreció sus gritos, vagando sin cesar por las fortificaciones; hasta que llegado el momento de su propia desgracia, exclamó: *¡Ay de Jerusalem, ay de mi tambien!* y en aquel instante le quitó la vida una piedra disparada por una máquina.

Mas nada pudo contener á sus compatriotas en el camino de su ruina, y obstinados mas y mas cada día en seguirle se embriagaban en brazos de una seguridad imaginaria, á la mas insignificante victoria que conseguían de sus enemigos. Despues de haber obligado á huir al rey Agripa, que intentó sujetarlos á la razon y reconciliarlos con el pueblo romano, la furiosa plebe se apoderó del castillo de Masada, pasando á cuchillo á la guarnicion romana. Eleázaro, hijo del gran Sacerdote, y comandante de las tropas destinadas á custodiar el templo, prohibió al mismo tiempo que en adelante se ofreciesen por el emperador los sacrificios acostumbrados: injuriosa señal de rompimiento y de abierta rebelion.

Los hombres de juicio desaprobaban esta conducta, mas no eran oídos; y los

asesinos ó sicarios, aunados con los sediciosos, asaltaron la parte superior de la ciudad y se apoderaron despues de la fortaleza Antoniana. Acudieron tambien á Jerusalem los ladrones derramados por los campos, tomando el honroso nombre de celotas. Sorprendidos por todas partes los romanos, se vieron en la precision de encerrarse en algunas torres; mas no tardaron en consumir los pocos víveres que tenían, y el hambre les obligó á rendirse, y aunque se les prometió la libertad y la vida, todos fueron pasados á cuchillo.

Los romanos de Cesarea, que tenían fuerzas superiores, cayeron sobre los judíos de aquella ciudad el mismo día en que se llevó á cabo esta perfidia y degollaron á mas de veinte mil, y para que en Cesarea no quedase ni un solo judío, el gobernador Floro mandó prender á aquellos á quienes por política se habia perdonado la vida, y cargándolos de cadenas los envió á los puertos de la provincia. Luego que se divulgó la noticia de lo ocurrido en Cesarea, enfurecieron de tal modo los judíos, que era imposible tenerlos á raya. Derramáronse por los pueblos y ciudades de que pudieron apoderarse, y quemaron unas, arruinaron otras, y no perdonaron á los habitantes de ninguna edad ni sexo. Al mismo tiempo los sirios no se manifestaban menos crueles por otra parte, acometiendo á los hebreos en todos los lugares donde estos eran mas débiles, y degollándolos sin misericordia. Con el cuidado de su propia seguridad se animaban los mas pacíficos; mas como era tan grande el número de los hebreos en otras muchas plazas, se vió cada una dividida en dos tropas de matadores que hicieron otras tantas carnicerías.

Hasta los judíos de Escitópolis, para congratarse con los sirios, que allí eran los mas fuertes, tomaron las armas con ellos y contra los israelitas furiosos que desolaban el

pais; pero no pudiendo los sirios fiar mucho de la buena fé de estos falsos hermanos, les pidieron por prueba segura de su fidelidad que todos con sus familias se retirasen á un pequeño bosque cercano, y allí los hicieron perecer sin escepcion en número de mas de trece mil. Simon, hijo de Saulo, que habia influido mucho en la indigna resolución de los demas judíos, luego que vió el fin trágico de su perfidia, se entregó á la mas horrible desesperacion. «Bien merecido tengo este castigo, exclamaba, por haber dado armas á mis hermanos contra mis hermanos; pero solo á mí toca castigarme.» El desesperado, despues de haber proferido estas palabras, miró con aire feroz á todas las personas que componian su familia, y agarrando á su padre de sus blancos cabellos le atravesó con la espada, despues á su madre, y despues á su muger y á sus hijos, que lejos de resistirse se presentaban corriendo á ser sacrificados. Alzando despues el brazo para que mejor le viesen, con el mismo hierro que goteaba aun la sangre de toda su familia, se quitó á sí mismo la vida. En todas las plazas de Siria se trató á los judíos con la misma inhumanidad, escepto en las ciudades de Antioquia, Apamea y Sidon. Por do quiera aparecian las calles y caminos sembrados de sus cadáveres; los cuerpos de los viejos yacian confundidos con los de los hombres armados, y las mugeres desnudas quedaban expuestas al público para insultar su pudor aun despues de muertas.

Los egipcios no fueron menos crueles, pues un día en que el pueblo alejandrino estaba reunido en el anfiteatro donde se hallaban muchos judíos, los enemigos de estos comenzaron de improviso á gritar que eran espías y traidores. Huyeron los judíos, pero habiendo cogido á tres y preparádose la plebe á quemarlos vivos, corrieron los otros de los diferentes barrios de la ciudad á la

defensa de sus hermanos, y comenzaron una furiosa pedrea, y cogiendo despues unas hachas encendidas se dirigieron al anfiteatro para abrasarle con la multitud que allí habia. Tiberio Alejandro, que era el gobernador, hizo marchar al punto dos legiones romanas y quinientos soldados de Libia, con orden de quitar la vida á todos los hebreos, saquear sus casas y prender fuego al barrio en que habitaban. En este sitio solitario, que se llamaba Delta, los acometieron las tropas y los judíos se defendieron con la mayor furia, pero al fin les fué preciso ceder y perecieron en tan gran número que quedó inundada de sangre toda aquella parte de la ciudad. No es esto exageracion, pues pasaban de cincuenta mil los cadáveres que habia hacinados. Horrorizado el gobernador á vista de tan trágico espectáculo intentó detener la furia de las legiones; pero no fué obedecido de los bárbaros indisciplinados, y mucho menos del populacho que acabó de saciar su rabia en los muertos, no encontrando ya á quien sacrificar.

Entre tanto el gobernador de Siria, Cestio Gallo, reunió con la mayor presteza un numeroso ejército de legionarios y de tropas auxiliares. Los rebeldes se refugiaron en el recinto interior de su capital y en el templo. Pero habiéndolos atacado allí Cestio con la mayor energía al principio, se retiró despues con una precipitacion que tenia visos de fuga. Animados entonces los judíos con esta aparente victoria, cargaron con furor sobre sus tropas, batieron su retaguardia, y le dieron caza hasta una larga distancia.

Despues de esto no era ya posible reducirlos á la obediencia, y los judíos se dispusieron á una guerra formal. Los muros de Jerusalem fueron reparados y puestos en estado de defensa; fabricaron armas con toda celeridad, y las distribuyeron á la juventud que acudia en tropel de todas las ciuda-